

Notas del mes

Ausencia de Maples Arce

Ya nos parecía que era uno de los nuestros. Y uno de los buenos compañeros que entregan la amistad sin miras a la compensación. Acaso sin más anhelo que el de saber que su afecto, que su jovial simpatía era apreciada en toda la hondura que merece su gran espíritu. Porque Maples Arce es uno de esos hombres efusivos y cordiales que manifiestan sin alarde su afecto. Entrega su amistad con aire de gran señor que experimenta la satisfacción de ser sincero y generoso, como si en la hospitalidad de su corazón hubiese una sana alegría que floreciera en permanente gozo de vincular las almas en un fuerte eslabón de comprensiva efusión.

Serio, circunspecto, amable sin exceso, nos daba gusto verle cómo se iluminaban las pupilas cuando se encontraba con un amigo con quien pudiera conversar de esas cosas que él ama. Los libros y el arte en todas sus diversas manifestaciones. En su casa uno se sentía sin etiquetas, ni otras preocupaciones sociales que las de la corrección. El y su esposa durante su permanencia entre nosotros supieron darle a su hospitalidad esa llaneza del señorío, esa sobria ama-

bilidad que infunde en quien la recibe un sentimiento de gratitud y de cariño que se afianzaba sin esfuerzo, sin que hubiera necesidad de requerir la emoción, que brotaba limpia y espontánea en el contacto de tan grandes espíritus.

Escritor de pura cepa, artista de honda raíz sentimental, Maples Arce sabía valorizar a sus compañeros de letras con esa pura y limpia comprensión de quien sabe que el alma tiene un lenguaje de elevada alcurnia. No se preocupó, quizá, gran cosa en cultivar ese convencionalismo social sin hondura ni arraigo humano. Quiso en todo momento que conociéramos a su país en su expresión sensible. Y no sólo se limitó a organizar una Exposición del Libro Mexicano en Chile, para dar a conocer los más altos valores del arte literario de su país entre nosotros, sino que también estuvo preocupado de remitir constantemente libros chilenos a México. Sabía perfectamente que el conocimiento directo del espíritu de un pueblo es lo que en realidad crea sólidos vínculos de simpatía y amistad. ¿Cómo no agradecerle su permanente desvelo por crear relaciones culturales entre México y Chile? Los países de América viven desconociéndose en lo entrañable, sin saber cuál es su verdadera emoción, su drama y su angustia. Qué es lo que inquieta a sus artistas para dar a conocer en su arte a su tierra y a su gente. Maples Arce vivió pendiente de esta buena intención mientras vivió en Chile. ¡Qué suave y grata era su conversación, su ardiente anhelo de que nos conociéramos y atrajéramos en mutuas corrientes de simpatía!

Egregio señor del espíritu, Maples Arce nos ha dado a conocer todo lo bello y grande que tiene su interesante país. Por un camino de atrayentes pers-

pectivas, nos lo fué mostrando en todas sus fases más acusadas. No ejerce la diplomacia con notas y fórmulas protocolares, sino con una especie de deleite en que las imágenes y las sensaciones vivas y penetrantes nos iban llenando los sentidos en una alegre procesión de humanas vivencias, que nos iluminaban el alma por intermedio de su generoso corazón.

¡Qué verdadera pena sentimos ahora que de súbito y por uno de esos caprichos que tiene la diplomacia, se lo llevan del seno de nuestra emoción cotidiana! Del agrado de verle de vez en cuando con la buena sonrisa de su afecto. Ahora que comenzábamos a sentirlo tan nuestro, tan de esta tierra, a la cual iba comprendiendo más y más con júbilo de buen hermano de América. Ya se nos abre como una herida, esta ancha brecha de la separación que se convierte en nostalgia anticipada. Los caminos de América se lo llevan. Acaso no hemos de contemplar en el futuro su buena sonrisa, su jovial llaneza de amigo que nos dispensó las más finas y delicadas atenciones. Quien sabe si nos queda el remordimiento de no haber sabido retribuirle su limpia cordialidad en la medida que lo merecía. Acaso no le dimos a conocer lo más profundo de nuestro sentimiento para apreciarlo con la cálida efusión que él supo darnos en todo momento mientras respiró el aire de esta tierra.

Señor Maples Arce, señora Maples Arce: queremos que en las páginas de esta revista que usted siempre tuvo en tan alta estima, quede consignada para siempre la huella luminosa de su espíritu, el humano fervor de su corazón en la amistad que nos dispensaron mientras vivieron junto a nosotros. Como en una fulgurante y humana síntesis, identificaremos en sus nombres todos los altos y nobles atributos del gran

pueblo cuyo mensaje de comprensión nos trajeron con tan generosa ansiedad y tan puro ideal de amor humano.

Sinclair Lewis

Los médicos que lo atendieron, dijeron que el escritor, además de la pulmonía que sufría, tenía una inflamación al corazón. Seguramente fué esto lo que lo llevó a la tumba. Era el corazón de un gran escritor de nuestro tiempo y sus caudalosas novelas reflejaron en su corriente de vida palpitante, con aguda visión de la realidad, lo que era la existencia contemporánea del pueblo norteamericano.

Hombre de vida agitada, ejerció el periodismo con apasionada dedicación. Lo consideraba una de las funciones más nobles y dignificadoras de la existencia humana. En esa actividad dejó seguramente la huella de su poderosa personalidad de hombre sensible y de prodigiosa capacidad intelectual. Pero a esta labor del periodismo no le daba él la jerarquía estética que ponía en su función de escritor. Sus facultades de hombre que podía realizar toda suerte de empresas esforzadas en el periodismo, se atemperaba cuando se dedicaba a ejercer su oficio de escritor y sus novelas no eran obras de improvisación. Por el contrario. Cada libro le preocupaba de tal manera que sólo salía de sus manos cuando estimaba que era cuanto podía dar como artista, que no sólo estaba atento a impulsar una corriente de acontecimientos vitales dentro de una obra de creación, sino que además cuidaba de la parte estética con la seriedad del hombre que sabe que la creación literaria no es cosa baladí.

Nacido en Minnesota iba a cumplir sesenta y seis